

*Historia de España* dirigida por  
R. Menéndez Pidal. Tomo I,  
*España Prehistórica*. Volumen I;  
Espasa-Calpe, Madrid, 1947.

Autor:  
Menghin, O. F. A.

Revista:  
Cuadernos de Historia de España  
1948, X, 200-210



Artículo

*Historia de España* dirigida por R. MENÉNDEZ PIDAL. Tomo I, *España Prehistórica*. Volumen I, por E. HERNÁNDEZ-PACHECO, F. HERNÁNDEZ-PACHECO, L. DE HOYOS SÁINZ, MARTÍN ALMAGRO, A. DEL CASTILLO, JUAN MALUQUER DE MOTES Y JUAN DE MATA CARRIAZO; Espasa-Calpe, S. A.; Madrid, 1947.

Después de las dos grandes exposiciones de conjunto de la prehistoria de España por P. Bosch Gimpera y L. Pericot, aparece ahora una tercera, aún más extensa, sobre el mismo tema, dentro de la amplia HISTORIA DE ESPAÑA dirigida por R. Menéndez Pidal, brillante testimonio de la ciencia española. Esta exposición va al frente de toda la obra y comprenderá dos tomos, de los cuales, el primero, que trata de las edades de piedra y del bronce, acaba de aparecer. Presentación e ilustraciones son excelentes, y también el contenido, que sigue una severa línea científica, pero sin embargo resulta accesible a amplios círculos de lectores, manteniéndose dentro de las exigencias de nuestra época. El tomo comienza con la introducción escrita por el propio Menéndez Pidal para toda la obra. Es una brillante consideración sobre *Los españoles en la historia, cimas y depresiones en la curva de su vida política* (págs. I-III), en la cual se describe la peculiaridad del espíritu español sobre bases étnicas, históricas y geográficas.

Sigue (págs. 1-94) la consideración de las *Características geográfico-geológicas del solar hispano*, de E. y F. Hernández-Pacheco, dividida en dos tratados, *La Península hispánica en los tiempos históricos*, del primero, y *La Península hispánica al final de los tiempos terciarios y durante el pleistoceno*, del segundo. El trabajo de E. Hernández-Pacheco brinda una magnífica geografía breve de la Península, orientada en sentido geológico-morfológico, pero también con referencias a la historia de la cultura y de la economía. Llamamos especialmente la atención del arqueólogo sobre la figura 18, pág. 25, que representa las esculturas prehistóricas de los toros de Guisando. Además interesan en este capítulo particularmente las explicaciones sobre la riqueza metalífera de la Península, con muchos datos respecto a la minería prehistórica y protohistórica. Las referencias de F. Hernández-Pacheco sobre terciario y cuaternario en la Península suministran los fundamentos geológicos para los dos capítulos siguientes sobre las razas y sobre el hombre español en la época glaciaria.

La *Antropología prehistórica española* de L. de Hoyos Sáinz (páginas 95-241) presenta una amplia exposición sobre la etnología española del paleolítico y el neolítico. Se levanta sobre amplios cimientos, dado que continuamente tiene en cuenta todo el conjunto de Europa y el África del Norte. En la introducción sobre cuestiones fundamentales de la antropología me sorprende que el autor no distinga suficientemente entre el concepto físico de raza y el lingüístico-etnológico. Usa la expresión *etnogenia* como sinónimo de *historia de las razas (físicas)*, lo cual es inadecuado, porque bajo etnos, etnia, tenemos que comprender una unidad física, lingüística y cultural, y no sólo una unidad física. Es una de las víctimas del idiotismo románico, que usa la palabra raza en un doble sentido, como unidad étnica y como unidad físico-antropológica. Si el autor dice que Suiza es *tripartita por razas, lenguas y religiones*, entiende evidentemente bajo razas las tres etnias de Suiza; pues no creo que quiera afirmar que el pueblo de Suiza pueda dividirse en tres razas físico-antropológicas.

Afortunadamente, esta falta de claridad terminológica no desempeña ningún papel en las demás explicaciones del autor. Bajo el título *Los hombres fósiles* trata los escasos restos del tipo Neandertal en España, designando —contra el uso común— al hombre del paleolítico superior como *prehistórico*. ¿Es no fósil también el hombre de Cromagnon y no prehistórico el hombre de Neandertal? El autor establece cuatro razas en el paleolítico superior: el Cromagnon típico o europeo, el Cromagnon peninsular o libioibérico (tipo del capsense); negroides (también relacionados de algún modo con el capsense) y protobraquicéfalos (mesolíticos). Con excepción de los negroides, estas razas perduran en el neoneolítico, durante el que, sin embargo, se añaden tipos nuevos. El autor nombra la raza manchega y la raza del Ebro, ambas dolico-céfalas, a las que se contraponen dos tipos braquicéfalos, el andaluz y el asturiano. Los braquicéfalos de Ciempozuelos no los considera el autor entre los posteriormente inmigrados, sino que los deriva de los protobraquicéfalos del mesolítico, mientras que otros braquicéfalos relacionados con el vaso campaniforme son unidos con el elemento que hay que considerar responsable del florecimiento del eneolítico. En este punto se piensa en la raza asiánica o anatólica, pero Hoyos Sáinz no llega a pronunciar esta palabra. Además establece un caracterizado grupo de mesocéfalos, que debe distinguirse de otros mesocéfalos, como los grupos vascoides. El autor declara que en esta obra no puede tratar más en detalle el problema y subraya además que también el tipo nórdico aparece en el eneolítico español, sobre lo cual empero no

ha podido aún terminar sus investigaciones; espera poder volver sobre ello al tratar de las razas protohistóricas. El trabajo del viejo investigador nos ofrece un cuadro de la historia racial de la Península extraordinariamente impresionante e instructivo. En la gran actividad de excavaciones que reina en España puede bien esperarse que el material se acrecerá pronto. Espero que entonces la investigación sacará gran fruto si se tienen en cuenta con más atención que hasta ahora las relaciones entre los tipos raciales y los grupos culturales.

La segunda y más extensa mitad del volumen la llenan los trabajos puramente arqueológicos, iniciados por una amplia exposición de *El paleolítico español* por Almagro (págs. 243-485). Se trata de un trabajo que tiene tanto mayor importancia cuanto que Almagro no sólo domina el material arqueológico hasta los últimos tiempos, sino que muchas veces se ocupa del asunto con nuevos puntos de vista y sin dejarse influir por concepciones tradicionales. Almagro, organiza en su exposición del paleolítico inferior los hallazgos españoles según las nuevas orientaciones que ha dado sobre todo Breuil con sus extensas investigaciones en el occidente de Europa, y con ello consigue un cuadro esencialmente más moderno que el que Obermaier pudo ofrecer con su por lo demás excelente libro *El hombre fósil*. Muchos nuevos puntos de vista aporta también el autor en la exposición del paleolítico superior. Una de las más importantes cuestiones que aborda es la del solutrense español y el solutrense en general. Mediante las excavaciones de la cueva del Parpalló (Valencia) y otros hallazgos este problema ha entrado en un nuevo estadio. Hasta ahora se ha derivado el solutrense, por buenas razones, especialmente cronológicas, de Europa oriental, especialmente de Hungría. Breuil y la mayoría de los demás pensaron que se ha desarrollado a partir de un musteriense tardío, por decirlo así, al lado del aurifiaciense. Hacia fines del aurifiaciense el solutrense debió extenderse a Europa central y occidental, donde por lo demás no aparece por todas partes, sino más bien como en islas. En forma de protomagdalenense existe además un enlace inmediato entre aurifiaciense y magdalenense, sin influencia del solutrense. Por mi parte, yo juzgo esencialmente diferente el origen del solutrense: estoy convencido de que una cultura que vivía en el paleolítico superior con retoque bifacial, como el que es característico del solutrense, ha influído desde cualquier punto de fuera de Europa sobre este continente. Pienso para ello también en el este (Hungría y Moravia), porque allí se enlazan con el solutrense otras muchas particularidades —por ejemplo, el notable arte geométrico—, las cuales se perdieron con la

emigración hacia el oeste. Ahora se han hallado en España, ante todo en la cueva del Parpalló, instrumentos de sílex del solutrense trabajados por ambos lados, cuyos análogos se han encontrado sólo en África del Norte. Se trata ante todo de puntas de flecha con pedúnculo, que coinciden por completo en forma y técnica con las del neolítico. Como prototipo, entran en consideración las puntas de flecha con pedúnculo del aterriense norteafricano. No cabe ninguna duda de que esta cultura, arraigada en una facies levalloisiense-musteriense con influjo del acheulense, que se presenta desde la costa africana del Atlántico hasta casi el valle del Nilo, ha pervivido hasta muy dentro ya del paleolítico reciente. Las excavaciones de Miss Caton-Thompson en el territorio de los oasis egipcios han establecido esto con seguridad estratigráficamente, ya antes de 1932. (Los hallazgos fueron dados a conocer por la excavadora en el Congreso Internacional de Prehistoria de Londres, 1932; pero, según parece, sólo ahora han sido publicados. Véase G. CATON-THOMPSON: *The Aterian industry: Its Place and Significance in the Palaeolithic World*; Huxley Memorial Lecture for 1946; Londres, 1947). Para África occidental lo han confirmado las investigaciones de Vaufray y otros. Una derivación de las puntas de flecha españolas del solutrense a partir del aterriense tardío sería sin más posible desde el punto de vista cronológico. Pero ¿es verosímil? Según Pericot, sí, y Almagro parece que en la pág. 312 y sigs. está de acuerdo con él hasta cierto punto, pero en la pág. 389, donde trata de las relaciones africano-españolas, se muestra extraordinariamente cauto. Martínez Santa-Olalla ha tomado posición apasionadamente en un artículo: *¿Solutrense en África? Los hallazgos paleolíticos en Tánger*, en *Cuadernos de Historia Primitiva*, I, 1946, pág. 97. Para él son los instrumentos de pedernal hallados en una cueva junto a Tánger y de tipo solutrense español, claras pruebas de una influencia procedente de la Península. Pero a mi juicio pasa por alto que también se pueden tomar como demostración de la hipótesis de Pericot. Contra Pericot se definiría si se pudiera demostrar que semejantes tipos —se trata de puntas de laurel y sauce y de puntas de flecha pedunculadas— no se presentan más adentro en África. Las puntas de laurel y sauce se presentan sin embargo en todo el norte de África, ciertamente sin que yo me pueda pronunciar por una cronología del paleolítico reciente para las mismas. Las puntas pedunculadas con retoque por ambos lados no las conozco en todo caso en el paleolítico superior de África del Norte, pero ¡qué poco comenzamos por saber de éste! Mas lo que habla en absoluto contra la concepción de Pericot es otra circunstancia. Las puntas aterrienses se presen-

tan en África exclusivamente en unión de instrumentos de sílex de tipo levalloisiense y musteriense, es decir, bien claramente en un paleolítico inferior prolongado. Es por completo inverosímil que al aparecer las flechas pedunculadas en España no se hayan extendido también a la vez a España estos tipos. Por lo tanto, la concepción de Martínez Santa-Olalla de que las puntas de flecha solutrenses trabajadas por ambas caras han pasado de España a África me parece que acierta. Por lo que hace a las hojas de laurel, evidentemente se han cruzado formas de origen europeo y africano. En conjunto hay por lo demás que suponer que el influjo de España no ha penetrado mucho en el interior de África occidental. Mas ¿cómo se ha de explicar la punta pedunculada española *rebus sic stantibus*? Desde luego —como Almagro mismo indica (pág. 396), considerándolo la solución más simple—, a partir de la punta pedunculada de la cultura de Font Robert, que se ha señalado en el norte de España y pertenece al final del auriñaciense y al inicio del solutrense. La procedencia del solutrense del este de Europa se mantiene así evidentemente incommovida.

Después de una detallada exposición del espléndido arte español, del estilo hispano-aquitano en la época glaciár, que se extiende hasta el sur de la Península, vuelve Almagro sobre las relaciones entre África y España. En cuanto éstas afectan a la cuestión del solutrense, ya hemos hablado de ellas. Importante es la afirmación de que es falsa la concepción representada por Obermaier de que la mayor parte de España perteneció en el paleolítico superior al capsense africano. Pero el autor no discute la posibilidad e incluso probabilidad de limitados influjos africanos ya en esta época. Así, admite como posible la opinión de Peyrony sobre los escalenos más o menos microlíticos que durante el magdaleniense también aparecen en Francia. Con razón acentúa en distintos lugares que las relaciones cronológicas en el norte de África están demasiado poco explicadas como para sacar conclusiones seguras. Expresa ciertas dudas sobre las construcciones de Vaufrej, a mi juicio con razón. Vaufrej tiene el extraordinario mérito de haber realizado en el África del Norte francesa investigaciones por fin estrictamente científicas, junto a las cuales tienen todavía importancia las de Ruhlmann en Marruecos. Pero creo que Vaufrej ha establecido algunas ideas que son prematuras antes de disponer de excavaciones aún más claras e indiscutibles. Ante todo podría estar equivocado en la idea de que no se halle en el norte de África un paleolítico superior más antiguo, correspondiente al auriñaciense y solutrense europeos, sino que durante este tiempo sólo ha dominado una pervivencia del paleo-

lítico inferior. Sobre la existencia de este último no cabe ninguna duda, como ya hemos afirmado al exponer la cuestión del aterriense. Pero al mismo tiempo, junto a la pervivencia del paleolítico inferior, según mi parecer, ha existido ya un claro paleolítico superior de fecha más reciente, esto es, una cultura de tipo auriñaciense *sin microlitos*. Vaufrej discute que tal cultura se haya presentado en su campo de investigaciones. Yo he dudado siempre sobre su idea, porque las cosas se presentan de modo diferente en Egipto y no me resulta verosímil, si bien no parecería imposible, que más al oeste dominaran diferencias tan esenciales. Ahora han excavado E. y L. Passemard en el abrigo Clariond, junto a Mularés, en Túnez meridional, un poblado cuya capa inferior ha dado algo de industria pequeña, pero nada de microlitos geométricos, como los excavadores —evidentemente atendiendo a la teoría de Vaufrej— aseguran expresamente. Almagro menciona este hallazgo, pero ha pasado por alto su alcance. No demuestra, como Almagro indica (pág. 393), la exactitud de la concepción de Vaufrej, sino que la contradice. Existe, por consecuencia, antes del *Capsien typique* de Vaufrej un *Capsien ancien* o *Capsien inférieur*; éste contiene escalenos, que según esto y a partir de la cronología, sin más podrían haber llegado al magdaleniense español y francés. Pues el capsien inferior fué contemporáneo por lo menos del magdaleniense primitivo, y quizá todavía anterior. Del hecho de que los microlitos geométricos del tardenoiense y aziliense español procedan del capsien africano avanzado, no duda, por supuesto, Almagro. Esto hay que subrayarlo especialmente frente al superficial libro de E. MENCKE: *Zur Altersfrage des Capsien*, Kiel, 1938, que pretende considerar el tardenoiense entero como un desarrollo puramente europeo. Si tal fuera el caso, ya no existiría ningún terreno metódico sobre el que pudieran edificarse círculos de cultura arqueológicos, y sería lícito considerar fibulas de La Tène en Hungría e Inglaterra como formas creadas por completo autónomamente en cada país, y sólo casualmente semejantes. Muy instructivos son los ejemplos que se dan, según excavaciones de Vila-seca en zona de Tarragona, de formas en sílex atrasadas en un medio que ya evidentemente se extiende dentro del neolítico; cosas semejantes se pueden observar en Egipto dentro de culturas tan avanzadas como son el Merimdiense y el Maadiense. El final del trabajo de Almagro lo forma un notabilísimo capítulo sobre *El arte rupestre naturalista del Levante español y el arte rupestre esquemático*. Representa en dicho capítulo la opinión que ya desde hace tiempo se ha señalado en las nuevas generaciones de arqueólogos de España, según la cual no es

sostenible la fechación de la pintura rupestre naturalista del este de España en el paleolítico superior, según han defendido siempre Breuil y Obermaier. Es seguro que las pruebas en favor de la fecha paleolítica de las pinturas del Levante español tienen los pies de barro. Pero tampoco las que han de establecer el enlace con el mesolítico son mucho mejores. Almagro admite en todo caso que se podría imaginar una rama de arte levantino en la época del magdaleniense. Pero Pericot ha escrito en *Ampurias*, II, 1940, pág. 168, al hacer reseña de las pinturas de Lascau en Montignac (Dordoña), recién descubiertas y que han de ser atribuidas al auriñaciense tardío, las siguientes palabras: "Una simple ojeada a las mismas basta para darse cuenta de que, en conjunto, se separan de las representaciones de estilo franco-cantábrico para acercarse a las levantinas". ¿Era esto erróneo? ¿Y qué decir del rinoceronte del Abri Colombière (Ain), que pertenece al auriñaciense tardío o protomagdaleniense y muestra exactamente las mismas flechas emplumadas con hojas en el cuerpo del animal que las pinturas de caza del Levante español? Creo también que para rebajar la fecha de toda la pintura del Levante español hay que abstenerse de juzgar hasta que nuevos puntos de vista permitan una opinión segura.

El más extenso trabajo de todo el libro es *El neoneolítico* de Castillo (págs. 487-714), no menos fundamental que el de Almagro. Corresponde a la importancia del neolítico de España, no sólo para la Península misma, sino también para toda Europa. Sin duda España fué uno de los dos puentes a través de los cuales las grandes culturas orientales fecundaron a Europa, siendo el otro la Península balcánica, mientras que Italia aún no desempeñaba importante papel como mediador de cultura en estos tiempos, es decir, en el tercer milenio. La Península Ibérica transmitió primeramente influjos egipcio-africanos, pero no faltan fuertes conexiones entre España y el Egeo en el neolítico tardío (el eneolítico); de modo que la Península tiene importancia también en este respecto. Acabo de publicar un estudio sobre la inmigración de pueblos del Asia interior en el Mediterráneo con especial consideración que de la Península Ibérica y espero haber probado en él que Italia, España y la Francia meridional sufrieron una colonización de tribus asiánicas, particularmente elámicas. Baso en parte mis explicaciones en los nuevos resultados de los prehistoriadores españoles, que han logrado poner de manifiesto la enorme contribución cultural que ha rendido el Oriente para la evolución del neoneolítico español. Bosch Gimpera ha discutido en su tiempo este hecho; pero no es posible mantener su concepción en este punto. Su sistema cronológico y cultural, en cambio, tiene

gran valor hasta el presente y necesita solamente ciertos retoques conforme a las modernas investigaciones. Del Castillo sigue, por lo tanto, en su excelente cuadro del neoneolítico en general las ideas de Bosch Gimpera, fundador de la escuela de los prehistoriadores barceloneses, que son los principales colaboradores de esta obra. Una de las cuestiones más discutidas es el origen de los megalitos de la Península. La moderna generación de los prehistoriadores de España ha abandonado la opinión de Bosch, según la cual el comienzo de la cultura megalítica de la Península tiene que buscarse en los dólmenes primitivos portugueses. Creen que el punto de partida es la magnífica cultura megalítica de la España meridional. No me parece resuelto definitivamente este problema. Por lo que se refiere al origen de los megalitos, corresponde una importancia decisiva a los descubrimientos de Stékélis en Transjordania (cf. M. STÉKÉLIS: *Les monuments mégalithiques de Palestine*, en *Archives de l'Institut de Paléontologie Humaine*, XV, París, 1935). Allí se ha hallado, por lo menos en un caso, en el terraplén de alrededor de un túmulo una cerámica e instrumentos de sílex que corresponden a la cultura del Gassuliense palestino, que hay que situar alrededor del 3500 (esto, según todas las relaciones de esta cultura, está fuera de duda). Con ello se demostraría que en Palestina se presentan los más antiguos megalitos. Hay por otra parte un punto dudoso en esta argumentación. Siempre sería posible que las cosas halladas en la tierra que envuelve el megalito se hallaran desde antes de éste en la misma, es decir, que dicha tierra procediera de una capa cultural más antigua que el dólmen. Tales casos se han observado ya en túmulos de Europa central. La cerámica hallada en el interior de la correspondiente sepultura megalítica parece distinta y más primitiva, está hecha a mano y adornada con incisiones. No parece que se pueda datar. Su carácter tipológicamente primitivo no debe probar en modo alguno una edad muy alta, y puede haber llegado a la sepultura también más tarde. Las sepulturas megalíticas contienen muchas veces cosas muy tardías, pues siguieron largo tiempo expuestas a ser utilizadas. Hay que ser por consiguiente muy cauto para la apreciación cronológica del contenido de las sepulturas megalíticas, cuando la sepultura no está intacta. Llegamos con esto al resultado de que la edad de los megalitos de Palestina está determinada con verosimilitud, pero no por completo. Si pertenecen en realidad al IV milenio, no puede haber ninguna duda de que el estilo de construcción megalítica (no la *cultura megalítica*, pues tal cosa no existe, sino que hay sólo diversas culturas que van acompañadas de megalitos) ha tenido su origen en Siria. Para la Península

Ibérica tiene esta circunstancia importancia sólo en la medida en que algunos investigadores han pretendido hacer de Portugal el foco de los megalitos, lo que desde el principio es extremadamente inverosímil.

Otro problema importante del neolítico español es la cerámica pintada. Hasta hace poco no se sabía nada de esto. Ahora resulta que el sur de la Península es rico en ella, y parece que existen diversos estilos. Los investigadores españoles están aún evidentemente algo desacostumbrados a este nuevo material y así no se ha publicado todavía tanto como podría desearse. Se trata evidentemente en la pintura cerámica de un fenómeno que está en íntima relación con la influencia egea en Europa occidental. Su estudio detallado en los aspectos técnicos y estilísticos abrirá quizá todavía horizontes insospechados y querríamos que los colegas españoles lo emprendieran con calor.

Máxima significación para toda la prehistoria de Europa corresponde a la cultura española del vaso campaniforme, que con excepción de Rusia, Escandinavia y los Balcanes, se extendió por todo el continente. Representa, a juzgar por los rasgos arqueológicos, una gran migración, que se puede señalar como protoibérica o hispánica. Junto con ella se ha extendido por Europa patrimonio lingüístico especialmente asiático, y en menor extensión también camítico occidental. Pues los protoiberos eran, como muestro en mi citado trabajo (que ha aparecido en el primer tomo de la nueva revista *Runa*, del Instituto de Antropología de la Universidad de Buenos Aires, dirigida por el profesor Imbelloni), asiáticos con un sustrato norteafricano. Del Castillo ha dedicado a la expansión de esta cultura un capítulo especial, bajo el título de *La gran cultura hispánica del pleno eneolítico: el vaso campaniforme*, en el cual logra el problema una fundamental exposición. La fecha inicial que elige para el vaso campaniforme de Europa central es demasiado alta a juicio de los investigadores locales. Nosotros calculamos, no ya el 2000, sino sólo el 1800. La influencia de la cultura del vaso campaniforme alcanza por lo demás en tiempo y espacio más que su presencia misma. Así se ha señalado ahora que la cultura de fines del neolítico y comienzos del bronce del pantano de Laibach está fuertemente influida por los portadores del vaso campaniforme; quizá en ella se encontrará por fin también el mismo vaso campaniforme. Extraordinariamente fuertes son los influjos de los portadores del vaso campaniforme sobre el desarrollo de las culturas de los comienzos de la edad de bronce en el centro de Europa, especialmente sobre el tipo de Aunjetitz. Se ha adscrito también muchas veces a las gentes del vaso campaniforme la introducción del cobre en la Europa central. Esto no es exacto. El cobre

existía ya allí y vino directamente por los Balcanes desde Oriente. No se puede señalar ni siquiera una relación especial de la expansión por Europa central del vaso campaniforme con las minas de cobre. Sin embargo, puede haber contribuido a animar el beneficio y la elaboración del cobre.

Por lo que respecta a la separación entre el eneolítico y la edad de bronce, no se ha llegado en España todavía a una decisión definitiva. Bosch Gimpera ha clasificado en su tiempo la cultura de Los Millares, y también el florecimiento de las gentes del vaso campaniforme y de las construcciones megalíticas como Bronce I, en lo cual le sigue todavía Martínez Santa-Olalla. En nuestra opinión sería lo adecuado si los investigadores españoles se decidieran a señalar unitariamente el fin de la cultura del vaso campaniforme hacia 1700, como final del eneolítico. Pues es precario situar el límite cronológico en medio del desarrollo de la cultura del vaso campaniforme, y no sé tampoco si está demostrado que se empleara bronce entre el 2000 y el 1700.

J. de Mata Carriazo, que trata de *La edad del bronce* (págs. 753-852), propone diferenciar dos períodos de dicha edad en España, el primero que corresponde a la famosa cultura de El Argar (1700-1200), y el segundo, caracterizado por importación europea (1200-750). Este sistema no difiere demasiado del de Santa-Olalla, cuyo Bronce Mediterráneo 1 b (1700-1500) es un estadio previo a El Argar, mientras que designa a la cultura de El Argar propiamente dicha como Bronce Mediterráneo 2 (1500-1200). Al período del bronce más moderno lo llama Santa-Olalla Bronce Atlántico y lo subdivide a su vez en dos subperíodos (1200-900 y 900-650). Estas pequeñas discrepancias pronto serán resueltas por el progreso de la investigación. Por lo demás es notable que una cultura tan brillante como es la de El Argar, todavía en apariencia se pueda relacionar tan poco con otras culturas europeas. Ni la decoración, ni las armas, ni la cerámica permiten conexiones claras con otros círculos culturales, a excepción tal vez del Egeo (construcciones, vasos de cerámica en forma de cáliz, cuernos de consagración, culto del toro). Pero en conjunto da la impresión de un florecimiento cultural que se logró en un gran aislamiento, mediante un desarrollo autónomo de estímulos recibidos en el neolítico, cultura por completo hispánica, tal como era la del vaso campaniforme, aunque sin el empuje expansivo de esta última. A este tercer período de esplendor de la inagotable creadora de culturas que es la Península (como primer período cuento el de las pinturas rupestres del paleolítico y epipaleolítico; como segundo, el período del vaso campaniforme) sigue una oscura interrupción. Por primera vez se comprueban arqueológicamente

fuertes corrientes desde el norte. La cultura argárica perece, pero no se percibe bien, a causa de que faltan suficientes hallazgos de poblados y sepulturas, qué es lo que la sustituye culturalmente. Hay que suponer que por de pronto un caos, como siempre en el momento de migraciones étnicas. Las espadas, las hachas, la cerámica, orientan hacia Francia, hacia el centro de Europa, pero tampoco faltan por completo las relaciones hacia Italia. El gran hallazgo de la Ría de Huelva constituye un indicio en el extremo sur de España. El brillante análisis que de él ha hecho Almagro (*Ampurias*, II, 1940) plantea la situación en su aspecto étnico con plena claridad: el predominio lo logra en España la influencia del centro y del occidente de Europa; comienza la indoeuropeización de la Península. Carriazo no se ocupa en detalle de las cuestiones étnicas, pues en el próximo volumen de esta obra habrá una sección dedicada especialmente a ellas. Mas ha planteado para éstas, siguiendo ideas de Gómez-Moreno, la base arqueológica de modo excelente.

Hay que añadir sobre esto el trabajo de Maluquer de Motes, *La edad del bronce de las islas Baleares* (págs. 715-751). Trata de un capítulo tan interesante como difícil de la prehistoria española. Según lo que hasta ahora se sabe, la población de las Baleares comenzó en la época argárica y se limita a hallazgos en cuevas. La conocida cultura megalítica de los talayots de las Baleares pertenece al segundo gran período de la edad del bronce. "Aparece —dice el autor— como un fenómeno evolucionado, sin anteriores precedentes en las Baleares". Sin duda que tiene razón al derivarlo en lo esencial de Cerdeña; las influencias egeas no deben sin embargo desconocerse (culto del toro), pero pueden haber pasado por Cerdeña, que también recibió una capa de población asiática.

La obra termina con un índice alfabético, el cual, como he podido comprobar en varias experiencias, no está elaborado con tanto cuidado como sería deseable. Ante todo hay que lamentar que no estén recogidos los nombres de lugar que se presentan en los rótulos de las ilustraciones, y faltan también otros muchos datos, lo que es lástima. Pues se trata de una obra de conjunto y fundamental, de importancia internacional, cuya utilidad sería esencialmente realizada con un índice digno de confianza. Su carácter monumental es una demostración del poderoso movimiento intelectual que existe en la España contemporánea. No queremos ocultar que hay sólo pocos países en el mundo en los que pudiera aparecer en 1947 una obra como la presente.